



Educación Jesuita e Insurgencia



Una matriz educativa común de los
líderes Independentistas en México

Ponente:

Dra. María Teresa Jarquín Ortega

Toluca, México, Marzo 11 de 2010.







Educación Jesuita e Insurgencia: Una matriz educativa común de los líderes Independentistas en México

Dra. Ma. Teresa Jarquín Ortega*

“Los franciscanos, los dominicos, los ministros luteranos y los teólogos calvinistas no eran menos propensos a buscar prestigio y a manipular, siendo así que toda religión institucionalizada es juego político, al menos en parte”.

Jonathan Wright

La cuestión de cómo convertir a la educación en el verdadero motor del desarrollo, ha sido uno de los problemas centrales en el México contemporáneo, y en este marco la mirada hacia los orígenes fundadores de nuestra cultura educativa y de nuestras élites puede revelarse sumamente fructífera¹.

Esta ponencia esboza la importancia que jugó la educación en la primera generación de los dirigentes insurgentes, quienes posteriormente llevaron a cabo las reformas políticas en México. Las preguntas que intento contestar son: ¿Quiénes y cómo se formaron los hombres que participaron en la guerra de independencia? ¿Qué los motivó a participar en ella? ¿Por qué se inclinaron a la creación de una República Federal y cómo impactó su ideología a las nuevas instituciones?, sobre todo: ¿Quiénes los formaron? y por último, ¿Constituyeron una generación ideológica que influyó en el devenir histórico?

¹ Alfaro (2005: 7).





Una de las características de la mayoría de los líderes insurgentes fue que procedían de familias criollas. Recordemos que este sector se componía de hijos de españoles nacidos en América, divididos a su vez en dos grupos: uno selecto, acaudalado, compuesto por mayorazgos, grandes propietarios, clérigos, mineros y comerciantes de consideración, y otro grupo mayoritario, formado por criollos pobres, que se veían reducidos a ocupar puestos públicos subordinados, a formar parte del bajo clero, lograr plazas subalternas en el ejército, explotar pequeñas propiedades agrícolas o mineras, o ejercer una profesión libre con clientela de escasos recursos.

Los criollos estudiosos, pertenecientes a este segundo grupo, podían no sólo lograr licenciaturas (bachilleratos, según la terminología de la época), sino también posgrados de maestría o doctorado. Sin embargo, esta condición no les abría las puertas del círculo que aislaba a los peninsulares. En consecuencia, la riqueza económica permitía a unos cuantos criollos el privilegio de codearse con los españoles, empero, no los introducía en un grupo oligárquico, en tanto la mayoría criolla estaba marginada social, política y económicamente.

La orden religiosa que jugó un papel decisivo en la formación de este grupo social fue la Compañía de Jesús; su presencia durante la época novohispana en México se caracterizó por el trabajo en el terreno científico, el cual estuvo enfocado en tres planos: la enseñanza en los colegios y universidades, la participación en el debate público y el acopio de información en territorios de misión. Estos tres niveles del conocimiento encontraron unidad en un “deber de inteligencia”, que los jesuitas asumieron como signo de identidad y en una voluntad de actuar en el mundo real al servicio del prójimo². Mostraron una peculiar relevancia pedagógica, que al mismo tiempo les permitió afirmarse como la matriz educativa de la primera y subsecuentes generaciones de los dirigentes insurgentes.

¿Quiénes son los jesuitas?

Durante cerca de cinco siglos, han mantenido una presencia turbulenta

² Girad (2006: 9).



e influyente en la historia mundial, y no sólo como evangelizadores, teólogos o sacerdotes mediadores. Fueron cortesanos en París, Pekín y Praga, aconsejando a los reyes cuándo tocaba casarse o cómo ir a la guerra, sirvieron como astrónomos para los emperadores chinos y como capellanes a los ejércitos japoneses que invadieron Corea. Como era de esperar, administraron sacramentos, pronunciaron homilías y educaron a personas de índole tan diversa como Voltaire, Castro, Hitchcock y Joyce, pero también fueron criadores de ovejas en Quito, hacendados en México, viñadores en Australia y propietarios de plantaciones en Estados Unidos antes de la Guerra Civil³. Su vocación evangelizadora les abrió el sendero hacia caminos poco conocidos, que entrañaban un mundo recientemente conquistado, esta se vio robustecida por el auspicio y comprensión del conocimiento científico. Así la Compañía prosperó en los mundos de las letras, las artes, la música y las ciencias, teorizando sobre la danza, las enfermedades, las leyes de la electricidad y de la óptica. Incluso los jesuitas recogieron con gran ahincó los desafíos de Copérnico, Descartes y Newton, y como resultado se pensó que treinta y cinco cráteres de la superficie lunar llegarían a llevar nombres de científicos jesuitas. No debemos dejar a un lado la participación de la Compañía como sacerdotes mediadores, que llevaron a cabo principalmente en las misiones.

Los jesuitas en la Nueva España

Los miembros del cabildo de la ciudad, junto con los prelados y algunos vecinos prominentes habían solicitado el establecimiento de la Compañía de Jesús en la colonia española, el interés sobre los jesuitas estuvo respaldado por el prestigio que habían alcanzado en Europa en una etapa muy temprana. A su vez, el virrey Martín Enríquez y el Ayuntamiento saludaron su llegada con entusiasmo, porque los jóvenes criollos de la Nueva España necesitaban urgentemente “maestros de leer y escribir, de latinidad y demás ciencias”. Hasta ese momento, como lo explica Francisco De Florencia, los franciscanos y otras órdenes mendicantes se habían dedicado a la conversión e instrucción de los indios, con la consecuencia de que a los “caballeros y [la] gente calificada” les había sido difícil obtener una educación aceptable para sus hijos⁴. En un escenario tan diverso,

³ Wright (2001: 19-20).

⁴ Brading (2005: 59).





también fue necesario que los misioneros de Jesús ejercieran su ministerio evangelizador. De esta manera se abocaron e incursionaron en “las cosas de Dios y de la iglesia”:

...[En otro partido se había encontrado un alcalde ordinario de la Villa que juntam[ent]e era teniente del Alcalde mayor, con un receptor de la cruzada, hubo de una parte y de otra algunos encuentros y desafueros, por los cuales había traído compulsoria de Méx[ic]o p[ar]a llevarlo a cabo, había grande escándalo y alboroto en todo el Pueblo, y aunque el beneficiado había procurado apaciguarlos, no había podido conseguir nada, y cada día iba enconándose más la llaga, ... tubo aviso de esto el P[adr]e el cual vino al Pueblo, y con la gracia del S[eñor] los confeso y pacifico, de suerte, que prometiendo de no tratar más de la causa, confesolos el P[adr]e hizo otras amistades que pendían de estas, quedando todos muy agradecidos a la Comp[añ]a. Otros dos españoles habiéndose desavenido sobre cierta escritura que habían hecho, andaban enemistados amenazándose y afrentándose el uno al otro, el P[adr]e tomo la mano y los concertó, y procuro que hiciesen otra nueva escritura y papel, con que en adelante fueron amigos, quedando muy agradecidos a su pacificador,]...⁵

Observamos que el desarrollo de la actividad misional de la Compañía formó parte de su vocación evangelizadora. Sin embargo, el objetivo de la orden siempre fue claro, de tal forma que no disputó a los franciscanos la formación del sujeto social en los pueblos de indios. Su labor principal fue educar a la sociedad criolla en diversos colegios fundados por ellos. La instrucción que ofrecía la orden estaba sólidamente respaldada por la tradición medieval católica renovada, en ella conjuntaron humanismo y tradición religiosa. La Compañía se centró en las ciudades, como los espacios que reunían tanto el poder económico como el político, que los criollos sustentaron desde mediados del siglo XVI.

⁵ Archivo General de la Nación, Grupo documental: Jesuitas, Vol: III-29, Exp.15, Fs. 28-28v.





La fundación de los colegios permitía a los jesuitas implantarse en cada lugar, establecer vínculos sólidos con las élites de la sociedad civil y la burguesía en ascenso, es decir, con medios sociales en plena transformación y deseosos de dar a sus hijos una buena educación. De esta manera, la Compañía daba respuesta a una fuerte demanda general, y al ofrecer sus servicios también se hacía indispensable⁶.

Sus instituciones educativas constituyeron en la Nueva España el eje de una presencia con múltiples ramificaciones. La labor docente de los jesuitas estuvo marcada por una singularidad: la orden formuló un proyecto pedagógico original, inspirado en el humanismo renacentista (la *Ratio studiorum*) y transformó por completo la estructura de una antigua institución (el colegio). A través de estos dos canales contribuyó de manera decisiva al desarrollo de la ciencia, la formación de las élites y la instrucción pública, tanto en Europa como en los otros territorios donde estuvo presente su influjo⁷.

La *Ratio studiorum* (cuya versión definitiva se editó en 1599) decretó que la enseñanza de la filosofía en las clases superiores de los colegios se adhería al aristotelismo, aceptando su ideal de una “ciencia de lo necesario” y dando cabida a buena parte de las disciplinas que Aristóteles toma en cuenta. Según las Reglas del profesor de filosofía enunciadas en la *Ratio*, había que estudiar sobre todo la lógica (según las Categorías y los Primeros analíticos, los Tópicos y las Refutaciones sofísticas y el *De Interpretatione*), la filosofía de la naturaleza (con los libros de la Física y el tratado *De Generatione*), la astronomía y la cosmología (con el *De Caelo* y la Meteorológica), el funcionamiento de la mente, de la percepción y la cognición (con el *De Anima* y la Metafísica), así como las matemáticas (a las que Aristóteles no dedicó algún trabajo particular, pero de las que a menudo se ocupa en su obra, sobre todo en la Física y la Metafísica)⁸.

En los colegios jesuitas prevaecía el cultivo de las humanidades, la investigación científica y tecnológica, y también recibían, elaboraban y sistematizaban la información producida por exploradores y misioneros. Ahí

⁶ Girad (2005: 34).

⁷ Alfaro (2005: 12).

⁸ Girad (2005: 9).





confluían los saberes y las experiencias de una institución cuyos horizontes eran planetarios, y se desarrollaba una intensa actividad artística en torno a un proyecto estético de alcances universales. En sus aulas y corredores se formaron también individuos -y se consolidaron grupos- que llegarían a ejercer un liderazgo tanto intelectual como empresarial y político. En sus colegios europeos recibieron como alumnos a personajes de primer plano de la cultura occidental: Descartes, Corneille, Moliere, Calderón. También formaron espíritus brillantes que habrían de convertirse en formidables adversarios, como Voltaire, Bacón, Copérnico, Gassendi, Newton y otros⁹. Y en Iberoamérica tuvieron de pupilos a las mentes más brillantes como: Carlos de Sigüenza y Góngora, Francisco Xavier Clavijero, Francisco Xavier Alegre, Andrés de Guevara y Bazorsabal, quienes inyectaron un profundo interés del legado jesuita, logrando agregar y sumar adeptos.

Puede decirse que la educación jesuita trató de combinar las conquistas pedagógicas del humanismo, incluida la reverencia a la cultura clásica, con el deber de formar miembros devotos de la sociedad cristiana. De esta manera, los estudiantes eran obligados a practicar el examen de conciencia, a desarrollar una espiritualidad interior y a oír las misas de precepto sin saltarse ni una, en la misma medida en que se esperaba de ellos que estudiaran a Cicerón y alcanzaran un dominio perfecto de la métrica y la prosodia latinas. En esta línea cristiano-humanista, la Compañía se propuso formar a sus alumnos como buenos cristianos y ciudadanos virtuosos, pero que fuesen también miembros elocuentes y elegantes del mundo secular¹⁰.

La labor educativa de la Compañía se distinguió por una primera apertura sistemática, reflejo de las reformas pedagógicas y de modernidad científica; la escolástica, todavía vigente en esa época, conceptuaba de manera general a la naturaleza, pero la explicación de los fenómenos no podía ser satisfactoria. Paulatinamente, creció la inquietud para hallar respuestas más complejas que desentrañaran algunas incógnitas sobre el mundo, así personajes destacados como Bacón, Descartes, Copérnico, Gassendi, Newton, etc., elaboraron argumentos que satisficieran más a la razón.

⁹ Alfaro (2005: 6-7).

¹⁰ Wright (2001: 66).



Estas innovaciones iban configurando el pensamiento de la clase criolla que acudía a los colegios de esta orden, en una palabra la modernidad penetraba en colegios y seminarios, que por su grandeza fueron atractivos a los ojos de quienes quisieron hallar respuestas en el conocimiento.

Entre sus aspiraciones consideraron que debían educar a españoles y criollos, para que pudieran gobernar a los indios. Este planteamiento ofrece el testimonio de la total consonancia de su proyecto educativo con las aspiraciones políticas de quienes ya habían afirmado su poder económico. En el siglo XVIII la Compañía de Jesús alcanzó su cenit en Iberoamérica y fue precisamente a través de su participación como mentores de la sociedad, como contribuyeron poderosamente en la formación de una identidad americana y criolla, sin duda su mayor legado. Más que como evangelizadores, la mayor contribución social de los jesuitas en la Nueva España fue como educadores y, aunque no fueron los primeros religiosos en dedicarse a la enseñanza, sí fueron los primeros que la incorporaron sistemáticamente a sus labores.

La expulsión

Si sólo tomamos en cuenta las actividades ligadas con el pensamiento, podemos preguntarnos, ¿qué clase de amenaza podían representar los jesuitas para el reinado de Carlos III? Este es el punto de partida para reflexionar sobre la filosofía que enseñaban en sus colegios novohispanos¹¹. Aunque esta advertencia no señala necesariamente una especie de antagonismo entre el mundo de las ideas y la reflexión, ya que ambos llegan a formar parte de una visión muy particular.

A partir del arribo y desarrollo de la Compañía se originaron ciertas medidas oficiales restrictivas: por ejemplo para complacer al monarca, el Arzobispo Francisco Antonio Lorenzana emitió pastorales y edictos en los que señala que la reforma educativa se hacía con el fin de prevenir futuras guerras. En el edicto de 1769 ordenaba explícitamente que los catedráticos y maestros de filosofía y teología suprimieran de su enseñanza textos y autores relacionados con la escuela jesuítica. Asimismo, Lorenzana

¹¹ Zermeño (2005: 79).





justificó dicha medida a partir de una distinción basada en la idea de perfectibilidad cristiana. A sus ojos, si bien la Iglesia novohispana había hecho grandes progresos materiales, no ocurría lo mismo en el ámbito espiritual, concretamente en lo referente a la obediencia y la devoción que debían los súbditos y feligreses tanto a las autoridades civiles como a las eclesiásticas. Al parecer, los autores jesuitas no representaban ninguna garantía en ese punto y, por lo tanto, además de su expulsión física, merecían desaparecer de los anaqueles los materiales de enseñanza que ellos habían forjado. La orden era vista por Lorenzana como causante de la ausencia de progresos¹². Al parecer la conformación del método jesuita no respondía a los deseos de un catolicismo subordinado a los intereses del Estado que deseaba la monarquía borbónica.

La configuración del sistema de pensamiento jesuita denominado probabilismo o el arte de la *scientia media*, involucró aplicar la lógica de la situación, lo que tendía a minar el principio de linealidad que rige la relación entre la promulgación de la ley y su aplicación. Es evidente que al argumentar con cierta dosis de escepticismo acerca de las cosas humanas, los probabilistas jesuitas abrían la puerta a la pluralidad de interpretaciones. Debilitaban con ello las bases de una relación unívoca con la autoridad. Al recomendar, por ejemplo, que la monarquía debía tomar en cuenta las circunstancias propias de cada uno de los reinos, los jesuitas introducían una distinción no contemplada en la concepción ilustrada del norte que guiaba a las coronas absolutistas¹³. En este tenor, Lorenzana prohibió definitivamente la política de la Escuela de los Jesuitas, en materia de enseñanza, por oponerse al Estado y al bien público.

En consecuencia, se censuró a autores como Diego Marín de Alcázar, Pedro de Calatayud, Hermann de Busembaum y, en particular, los textos del castellano Luis de Molina; con respecto a este último, Lorenzana no comprendía por qué un autor de segundo orden, gozaba de estima entre filósofos y teólogos. La única respuesta que encontraba era que sus textos revelaban singularización, cavilación y especulación, cualidades contrarias al espíritu de San Agustín, quien recomendaba la *mediocritas*, el control de la curiosidad y el respeto a la autoridad. Desde una óptica dominante

¹² Zermeno (2005: 80).

¹³ Zermeno (2005: 82).



se acusaba a los autores jesuitas como promotores de la laxitud, incluso condescendientes ante las faltas humanas, las que de alguna manera provocaron suavizar la severidad de los cánones religiosos imperantes.

Esta crítica desmedida, no opacó las virtudes que la escuela jesuítica afianzó en la educación novohispana. Los estudiantes católicos pudieron interactuar con otras religiones y culturas, condiciones necesarias para realizar también transacciones de otra índole como las comerciales o diplomáticas. Como un efecto colateral, los colegios jesuitas contribuyeron a la formación de la naciente teología moral, a la elaboración de tratados sobre la acción humana, la conciencia y la ley natural, el buen gobierno, la guerra, la economía, el derecho internacional y, en muchos sentidos, a la formación de saberes que constituyen el sustrato arqueológico de las ciencias modernas.

Entre otras cosas, se concedía mucha importancia al llamado *modus parisiensis*, sistema pedagógico más innovador de lo que tal vez pueda parecer en nuestros días y que favorecía la organización de los cursos conforme a la capacidad de los alumnos, no permitiendo que pasaran al nivel siguiente los que no hubiesen superado las materias del anterior, y haciendo hábil empleo del debate, de los ejercicios de repetición y de técnicas derivadas de la instrucción militar¹⁴. En su conjunto, este sistema dirigido por la Compañía de Jesús fue el primero que incursionó e instituyó una continuidad del conocimiento, claramente regulado al interior de los colegios, debido a las restricciones impuestas por la corona acerca de su estancia y realización en la Nueva España.

En consecuencia, para la Nueva España la expulsión fue un absoluto desastre, no únicamente físico, sino pedagógico. Por ejemplo, Francisco Javier Clavijero, postrado en el exilio, relataba en su **Breve descripción de la provincia de México de la Compañía de Jesús**, que la provincia mexicana, incluida Guatemala y Cuba, tenía 678 miembros, entre sacerdotes y hermanos, repartidos en unos cuarenta colegios y casas y en 114 misiones. De ellos, por lo menos 500 eran criollos, es decir, aproximadamente el 74% del total de sus simpatizantes.

¹⁴ Wright (2001: 61).





En la continuación de su relato expresaba la grandeza del gran colegio de San Ildefonso en México, cuyo majestuoso edificio apenas había sido terminado en la década de 1740, comenta que contaba con unos 300 estudiantes “bien nacidos” y que “algunas personas instruidas y desapasionadas que habían viajado por Italia, Francia y España, confesaban no haber visto en Europa seminario alguno comparable con el de San Ildefonso de México. Allí se formaban hombres insignes, obispos, oidores, canónigos y catedráticos de todas facultades”¹⁵. Lo que Clavijero no menciona es que él y otros colegas catedráticos de su generación habían aspirado a renovar la enseñanza de la filosofía en la provincia mexicana mediante la incorporación de los elementos de la ciencia moderna en sus cursos. En vez de ello, prefirió hacer hincapié en la intensa actividad pastoral de los jesuitas residentes en las principales ciudades de la Nueva España y en particular en su dedicación al púlpito y al confesionario. Por ejemplo, en su principal iglesia de México, la Casa Profesa, se daban anualmente 400 mil veces la Comunión.

Generación de caudillos en la Guerra de Independencia

En vísperas de su expulsión, los jesuitas formaron en sus colegios de Mérida, Puebla, México, Guadalajara y Valladolid, jóvenes que acogieron con entusiasmo aquella tesis del padre Rafael Campoy: “Buscad en todo la verdad, investigad minuciosamente todas las cosas, pasad de un conocimiento a otro nuevo...”. Expulsados los jesuitas, quedaron para construir al México naciente algunos exalumnos de ellos, andaban entre los dieciocho y treinta tres años de edad. La mayoría eran jóvenes de la aristocracia que acabaron ordenándose de sacerdotes¹⁶, cuya característica eminente fue formar generaciones que, a la postre, se tornarían líderes en la Guerra de Independencia.

Cada una de las generaciones de caudillos se reconoce por una actitud vital, una propensión íntima, un conjunto de creencias y predisposiciones que no siempre son fáciles de distinguir, pero sin duda lo son cuando se sometan los protagonistas de la generación a un análisis de su origen, geográfica, social y culturalmente; su formación fuera y dentro de las

¹⁵ Brading (2005: 70).

¹⁶ González y González (1985: 101).



aulas y su ideología al entrar al escenario público¹⁷. Son los auténticos responsables del cambio social, son minorías rectoras y dirigentes modernos, formados dentro de la filosofía jesuítica del siglo XVIII.

Los líderes en la Guerra de Independencia de la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVIII y primer cuarto del XIX, fueron agrupados en tres equipos generacionales por Don Luis González y González, quien los calificó con los nombres de “los jesuitas expulsos”, “los científicos”, “la generación de Hidalgo y la de Morelos”. En cada una de esas generaciones militaron auténticos caudillos combatientes por las ideas que han forjado las bases de la nación mexicana.

Entre 1721 y 1735 nacieron los personajes de la generación de los jesuitas llamada así por haber pertenecido la mayoría de sus miembros a la Compañía de Jesús. Hacia 1760 algunos de éstos jóvenes jesuitas de la clase criolla dejan de sentirse españoles y comienzan a considerarse americanos. “Por ejemplo el jesuita criollo Pedro José de Márquez defendió la tesis de que ‘la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida’, este argumento valida que los indios son tan capaces de todas las ciencias como los europeos”¹⁸. En la Nueva España, Clavijero se constituyó como uno de los mayores ejemplos del pensamiento moderno; su incorporación a la cátedra de filosofía del colegio de los jesuitas en Valladolid, hacia 1763, significó encauzarse en el estudio de los grandes autores antiguos, como lo mostró su tratado de filosofía titulado: *Cursus Philosophicus diu in Americanis Gymnasiis desideratus*. La finalidad de estos estudios significó conquistar una posición ecléctica que relacionará la genuina filosofía griega con la filosofía moderna, dirigida a los alumnos dentro de los colegios.

De esta generación se distinguen además, el filósofo Benito Díaz de Gamarra, el enciclopédico periodista, José Antonio Alzate, el médico y matemático José Ignacio Bartolache, el biólogo José Mariano Mociño, los astrónomos Antonio León y Gama y Joaquín Velázquez de Cárdenas, todos encauzados por el estudio individual, la ciencia empírica y el periodismo

¹⁷ González y González (1985: 99).

¹⁸ González (1985: 100-101).





científico¹⁹.

La subsecuente generación de intelectuales criollos, prosiguió el estudio de su patria aunque ya no en su parte natural como la generación enciclopédica, sino en la humana. En ella confluía la experiencia docente jesuita, cuya motivación se vio reflejada en escritos que abordaron las virtudes del cortesano, a veces contaban en sus escuelas con maestros de baile que enseñaran el refinamiento del gesto y de la postura, y la popularidad de las representaciones dramáticas y de los debates públicos. Estos atributos fueron avivados, fomentados y estimulados en los alumnos, y, sobre todo, demostraron la gran importancia que concedían a la habilidad retórica.

El cura Miguel Hidalgo y Costilla pertenece a esta generación, caracterizada y apoyada en el porvenir utópico de la tierra en la que estaba inserta, y a su vez construida por la desigualdad y el despotismo ilustrado; la visión de ellos se fincaba en el optimismo de que los cuantiosos recursos naturales aseguraban un futuro espléndido²⁰. Hidalgo y sus compañeros posibilitaron la superioridad de México frente a la metrópoli.

Además de la figura emblemática de Hidalgo están los integrantes del movimiento insurgente, como Francisco Primo Verdad y Ramos, Juan Francisco Azcárate y Lezama, Miguel Domínguez Alemán, discípulos de la filosofía jesuítica y José María Cos y Pérez, quien estudió en el Colegio de San Luis Gonzaga.

En el Colegio de San Ildefonso se formaron los juristas Francisco Primo Verdad y Ramos, Juan Francisco Azcárate y Lezama y Miguel Domínguez Alemán, quienes en la primera década del siglo XIX, alentaron la necesidad de formar un gobierno provisional para gobernar la Nueva España, en nombre del depuesto rey Fernando VII. Dicha proposición llevaba implícito el alejamiento de la colonia respecto de la autoridad monárquica española.

La siguiente generación fue la nacida en plena época ilustrada, cuando una modernidad de corte racionalista y neoclásica acababa de ser introducida

¹⁹ González (1985: 101).

²⁰ González (1985: 101-102).



por los jesuitas. Significa hablar de otros personajes, como José María Morelos y Pavón, José Sixto Verduzco y Mariano Matamoros, cuya formación sacerdotal estuvo enmarcada por el Colegio de San Nicolás.

Además del exalumno del Seminario Tridentino de Valladolid, José María Izazaga, amigo, secretario y consejero de Morelos, quien se vio favorecido ante la convocatoria realizada en su curato de Carácuaro, en ella pedía adeptos para la causa revolucionaria y ante el eminente abandono de su parroquia, a sus fieles explicó los motivos de tal abandono, en los que citó el *“Itinerario para pueblos para párrocos de indios”*, obra hecha por los jesuitas en la que afirma que “los clérigos pueden tomar las armas lícitamente cuando hay alguna grave necesidad en utilidad grande de la república”²¹.

Morelos y sus compañeros en esta generación, tuvieron una aspiración radicada en la búsqueda de la independencia, guiados por su conocimiento e intelecto, el cual estuvo fundado en la pedagogía jesuita aprehendida en los colegios que instituyó la Compañía de Jesús, y que mantuvieron sus alumnos después de ser expulsados de la Nueva España.

Recordemos que la introducción del pensamiento moderno y el desarrollo de las realizaciones ilustradas en Michoacán, fue uno de los puntos centrales a partir del cual se inicia la configuración de la educación criolla, al finalizar el siglo XVIII. Lo anterior condujo a la revisión de los sistemas tradicionales y a la búsqueda de una metodología, que impulsara el desarrollo de las ciencias en general, y los jesuitas se adhirieron sin dificultad a la nueva corriente²².

A esta prolífera generación, se suman Ignacio López Rayón, y un poco más tarde, José María Luis Mora, ambos estudiantes en el Colegio de San Ildefonso; recinto donde irradió la gramática o retórica y se iniciaban o proseguían los cursos de filosofía, teología o jurisprudencia. Estaban además Lorenzo de Zavala y José María Bustamante, quienes culminaron su preparación académica con las ideas de los jesuitas y aplicaron los conocimientos adquiridos en la conformación del nuevo gobierno, generado

²¹ http://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Mar%C3%ADn_Morelos. Consultado el 16 de Junio de 2008.

²² Cardozo (1973: 8).





a raíz del movimiento de independencia.

Observamos que en esta última generación insurgente, se conjugó la labor clerical y jurídica. Sabemos que los juristas fusionaron el ejercicio del foro y el desempeño de sus cátedras, de tal manera que buena parte de los catedráticos de leyes eran clérigos²³. Esta cualidad dual, permitió que la solidez de sus conocimientos jurídicos fuera la herramienta que los constituyera en una unidad, que los condujo a ejercer una mayor participación en los diferentes ámbitos de la sociedad.

Los criollos de esta generación no tuvieron oportunidad de actuar en la administración pública en un nivel decisorio, de participar en el planteamiento de problemas sociales para el beneficio común, de reunir la teoría con la práctica política y, en resumen, de gobernarse a sí mismos. Por tanto, su intelecto carecía de aplicación práctica en el campo de la política y, aunque su preparación hacía posible el diagnóstico certero, no contaban con la experiencia que sólo proporcionaba el ejercicio de una actividad. En suma se trata de una minoría inclinada a reedificar un nuevo país y unificarlo, proponiendo construir una nueva patria, que incorporaría los aspectos positivos de la tradición a las doctrinas de la modernidad.

Conclusiones

Antes de partir al exilio, los jesuitas dejaron un legado intangible constituido por una manera específica de asimilar la ciencia y la cultura. Así mismo, la transmisión de este legado, permitió la consolidación de una dirigencia nacional, y en definitiva instituyó la primera matriz de las élites empresariales, dentro de un sistema naciente, derivado de la reconfiguración del antiguo orden.

A pesar de ser expulsados en 1767, la estructura educativa que crearon los jesuitas, mostró una permanencia visible en la currícula de materias que se impartían años más tarde en los colegios. Su difusión en el sector criollo cobró fuerza a finales del siglo XVIII y principios del XIX, haciéndose evidente en libros de jesuitas criollos, como: Francisco Xavier Clavijero,

²³ Peset (2001: 53).





Andrés de Guevara y Bazorsabal, Francisco Xavier Alegre, entre otros. Ellos cuestionaron si la autoridad civil debía venir inmediatamente de Dios o de la comunidad a quien gobernaba.

También analizaron la desigualdad de ingenios en relación con el acto de mandar y obedecer. Afirmaban que la autoridad debía buscar el bien común a una sociedad civil a través del sufragio como un pacto democrático. Destacaron el uso del análisis racional que permitiera sustituir el argumento de autoridad por la observación y el método experimental; esta apertura abrió el camino hacia la modernidad y propiciaron un proceso de secularización del Estado y de la esfera pública.

En términos prácticos, la expulsión de los jesuitas acarrió el cierre inmediato de sus doce colegios, con lo que más de una generación de jóvenes criollos se vio privada de educación de tipo medio o preuniversitario. Ciertamente, las viejas universidades estuvieron siempre celosas de que los jesuitas se establecieran en este nivel de educación y nunca les facilitaron la tarea de encargarse de la educación superior.

Incluso, las jerarquías eclesiásticas se aseguraron de que las facultades de leyes y medicina no tuvieran nada que ver con los jesuitas. No obstante, para el siglo XVIII hemos encontrado registros de criollos que se sumaron al grupo insurgente y cuya formación educativa transitó dentro del Colegio de San Ildefonso. En esta institución estudiaron abogacía, en este caso prevalecía la norma “de obedézcase pero no se cumpla”. La Compañía preponderó la educación de los jóvenes criollos interesados en las tareas seculares o en el comercio y la administración; por supuesto a los comerciantes y mineros les interesaba patrocinar este tipo de educación.

Los jesuitas no sólo se limitaron a la transmisión de conocimientos académicos. En su vocación misionera aspiraron a cambiar el mundo a fuerza de formar buenos cristianos (y buenos latinistas). Este proceso involucró entrenar a los individuos para que desempeñasen con éxito su función en la sociedad, como un mecanismo de reivindicación de los menos afortunados.

En suma, a través de sus redes de influencia, el modelo jesuítico había

Educación Jesuita e Insurgencia: Una matriz educativa común de los líderes Independentistas en México





penetrado en todos los niveles de la sociedad. Sus pretensiones de encauzar el mundo para cristianizarlo, se había plasmado en una eficaz colaboración para hacerlo más pragmático, más secularizado, más instruido y más adaptable a las necesidades de los nuevos tiempos.





Bibliografía

Alfaro, Alfonso. “*Los desafíos de la memoria*”, Artes de México, núm. 58, año. 2001, México, Debate.

Cardozo Galue, Germán. *Michoacán en el siglo de las luces*, El Colegio de México: México, 1973.

Flores Padilla, Georgina. “*La certificación de primeras letras en el Colegio de San Ildefonso. Siglo XIX*”, en *De maestros y discípulos*, México, Siglos XVI-XIX, UNAM: México, 1998.

García Díaz, Tarcisio (Coord.) *Independencia Nacional*, UNAM/Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Biblioteca Nacional/Hemeroteca Nacional/Centro Cultural Universitario, México, 2005.

González y González, Luis. *Once ensayos de tema insurgente*, México, El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán, 1985, pp. 140.

Peset, Mariano. “*La carrera de los profesores de Leyes y Cánones*”, en Menegus, Margarita (Comp.), *Universidad y sociedad en Hispanoamérica. Grupos de poder siglos XVIII y XIX*, Plaza y Valdés Editores, México, 2001, p. 53.

Tres héroes de la independencia nacional: José Mariano Jiménez, Ignacio y Juan Aldama, colaboración de **Martha Patricia Zamora y Perla Chinchilla**, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.

Villaseñor y Villaseñor, Alejandro. *Biografías de los héroes y caudillos de la independencia*, Editorial Jus, S.A., México, 1962. Tomo I y II.

Girad, Luce. “*La actividad científica en la primera Compañía*”, en *Los jesuitas y la ciencia*, Artes de México, México, número 82, año 2005, pp. 8-19.

Wright, Jonathan. *Los jesuitas. Una historia de los soldados de Dios*, en Artes de México, Núm. 58, año. 2001, México.

Educación Jesuita e Insurgencia: Una matriz educativa común de los líderes Independentistas en México





* Es Doctora en Historia por El Colegio de México; Doctora en Historia de América por la Universidad Complutense de Madrid y Licenciada en Historia de México por la Universidad Autónoma del Estado de México.

